

156.

Matilde

Por DANIEL GUEBEL

Editorial Sudamericana, Buenos Aires. 168 páginas

Esta nueva novela de Daniel Guebel es un edificio de palabras, cuya cima contemplamos con algún vértigo y cuya piedra fundamental, no menos literaria, es una personalidad equívoca. De esa frágil sustentación, más que de la altura lograda, proviene el vértigo.

Porque Emilio, uno de los protagonistas, es un joven empresario que en su vida social, e involuntariamente, suscita el malentendido. Así, sus "rasgos de timidez" son tomados como "gestos de soberbia" y sus "silencios" como "muestras de desprecio". Para evitar esto elige el peor modo: "recluirse en los laberintos de su mundo subjetivo".

Timidez, silencio, equívoco: esta es la secuencia clave. Pero sucede que la última palabra podríamos repetirla hasta el infinito o, por lo menos, hasta la "cima". Porque ella es la constante, y a la vez el estigma, de toda la relación entre Emilio y Matilde, esa mujer apasionada a quien no puede corresponder sinceramente pero tampoco abandonar.

Emilio y Matilde, Matilde y Emilio. Durante muchas páginas ambos parecen girar en el vacío, dialogando y malentendiéndose, mientras esa "impecable máquina de narrar", como ha sido llamado Guebel, analiza minuciosa, casi bizantinamente, todos sus repliegues anímicos.

Hasta que un imprevisto —la enfermedad del marido engañado— desliza la trama de lo real a lo fantástico. Matilde decide llevarlo a una clínica parisina en



busca de su recuperación y el "irse" de ella, amenazando como señal de ruptura a Emilio, asume para éste y Esteban —su consejero sentimental— la connotación de la muerte.

A partir de allí sigue lo mismo pero en un registro sobrenatural. Finísimo arte de la conjetura para el que casi todo es posible: volver de la muerte, "tomar" otro cuerpo, valerse de un ser apariencial... Mientras tanto el narrador —también "de papel", como quería Barthes— nunca vacila y "perversamente" guía a sus personajes hacia un paroxismo de dolor y soledad espectrales.

¿Se cae el edificio de palabras o es firme y tenaz como ese monumento fúnebre que Emilio dedica a la memoria de Matilde? ¿Se vuelve, sin saberlo, la parodia de sí mismo? ¿O nuestra "fe" de lectores lo sostiene?

Sin duda una apuesta audaz, que no ha de sustraerse a distintas valoraciones y que a muchos dejará exhaustos o fascinados o ambas cosas a la vez. Pero nunca indiferentes.

Daniel Gayoso